

# José Antonio Orejas, un hombre del Renacimiento

«Practicaba la autonomía de la consciencia, la primacía de la verdad sobre la utilidad y la ética del conocimiento, con palabras que deseaba para la Universidad de Valladolid, que terminó siendo el espacio desde dónde multiplicó las ciencias y los afectos»

**Carlos Hugo Molina. Investigador y ensayista boliviano**

Jueves, 27 de junio 2024, 06:25



**L**a frase «hombre del renacimiento» refiere personas que tienen dominio intelectual o académico, más allá del aprendizaje universal implícito en el Humanismo Renacentista, y «armónicamente desarrollado en lo físico y en lo espiritual,

que no limita su saber a un campo concreto, sino abierto a lo universal.» Sin ánimo de encasillarlo y sólo para ubicarlo en la dimensión de sus fronteras intelectuales, creo que la categoría lo define muy bien en su curiosidad inagotable, analítica y preguntona. Con él era posible conversar de todas las disciplinas que definían el espíritu filosófico de la ciencia del derecho y sus promotores, la construcción del románico como el primer arte unificado del mundo cristiano occidental, o en la descripción con detalle de la obra de Alonso Berruguete, como parte del renacimiento español.

Era exquisito en la digresión histórica de la política en todos sus tiempos, meandros y vericuetos, compartiendo debate sin atropellar. Practicaba la autonomía de la consciencia, la primacía de la verdad sobre la utilidad y la ética del conocimiento, con palabras que deseaba para la Universidad de Valladolid, que terminó siendo el espacio desde dónde multiplicó las ciencias y los afectos.

Asumo haberlo encontrado en el tramo de su existencia en la que vivía después de haber construido el mundo y su entorno, a su imagen y discreción; le dio lustre y dignidad a una Decanatura, sonriendo por las funciones que pudo haber ocupado y no quiso, y sumando su don de gente en una cantidad extraordinaria de espacios, artes y ocupaciones en los que era protagonista. Parafraseando a su amigo Peridis, se convirtió en un habitante del patrimonio, el paisaje y el paisanaje, militando en todos. Tuve el privilegio de recorrer Castilla y León con el mayor experto en geografía, romancero de inclinación, bardo disruptivo y Druida hermeneuta, sin poder elegir con cual personaje quedarme.

Decía que el territorio debe generar un sentimiento de pertenencia y que la Universidad debía cumplir ese designio para darle una opción al 30% de los jóvenes que no quieren migrar a las grandes ciudades. Conocedor de las claves académicas que demandan virtualización, internacionalización y revolución digital, recordaba a José Martí cuando decía «Ser culto es el único modo de ser libre», y al frontispicio de la Universidad de Heidelberg que reza «Al espíritu vivo», vivo en la verdad, la justicia y el humanismo. En nuestras aflicciones sobre la formación de la persona que necesita el mundo, aparecía Artigas, «Sean los orientales tan ilustrados como valientes» pues la ilustración era la liberación del hombre de la culpa de su incapacidad. Y «Por mi raza hablará el espíritu» de Vasconcelos, convicción que necesitamos una cultura de tendencias nuevas, de esencia espiritual, como síntesis para construir una nueva civilización.

Conocedor y amante de América Latina, me tocó abrirle el mundo de las Misiones de los Indios Chiquitos, en territorio boliviano, a donde debía viajar para cumplir una etapa de conocimiento humano, como me dijo. En una visita posterior al diálogo sobre las Misiones, a su estilo, ilustrado, sonriente y curioso, me sorprendió con una vasta información, reflexionando sobre la necesidad que no sea el turismo europeo quien arremeta contra la inocencia bucólica de quienes practican la cultura viva en medio de música barroca y la distancia como medida del realismo mágico.

En octubre del 2019, me correspondió organizar en Palencia, junto con él, Rubens Barbey del CEPAD, la Vicerrectora Amalia Rodríguez, la presidente de la Diputación María de los Ángeles Armisén, Gumersindo Bueno de la Junta de Castilla y León, Luis Manuel Navas, Jesús Alberto Valero, Luis Antonio Calderón, y quien permitiera superar todos los entuertos, Jesús Ortego Osa, el 9no Encuentro Internacional de Ciudades Intermedias. El lugar era el conveniente y la oportunidad propicia para debatir el tema del despoblamiento rural desde la visión de dos continentes. Estuve hace un mes nuevamente con él, planificando la realización de un nuevo encuentro para el mes de octubre de este año. Vamos a seguir con la iniciativa, esta vez, en su honor, mientras agradezco a Jesús Ortego que, al presentármelo, me permitió descubrir a una persona tan contundentemente afectuosa y vital.

Entre tantas cualidades humanas y académicas, algún defecto debía tener José Antonio Orejas. Lo dejó en evidencia cuando hace unos días atrás, se fue de improviso. Como él no tuvo tiempo y tampoco le interesaba mucho, los que quedamos tendremos que empezar a guardar su palabra recopilando en la nube, las redes y las imprentas, lo que hizo y dijo este grande hombre. Se lo debemos.